¿Existe una visión conservadora de la historia?

IDEAS

XXV

Por Pedro Carlos González Cuevas

DISENSO
FUNDACIÓN

«Aquel que intenta escribir historia y olvida que esto le plantea la tarea de formular una interpretación a la luz de unos determinados valores se engaña a sí mismo y será víctima de sus prejuicios personales subconscientes».

Friedrich August von Hayek

Entre las realidades más esquivas a la razón humana figura la historia, a causa de su complejidad, su arbitrariedad y la subjetividad interpretativa a la que están sometidas las fuentes y los testimonios. Lucio Anneo Séneca ya afirmaba que «no hay que admirarse de que toda materia escoja lo que es adecuado a unos intereses en el mismo grado el toro busca la hierba, el perro la liebre, la cigüeña el lagarto»[1]. Las disputas en torno a la historia han sido, y siguen siendo, constantes a lo largo de los tiempos. Ya el eximio Francisco de Quevedo bramaba contra los «noveleros» y «sediciosos» fabuladores y críticos de la trayectoria histórica de España[2].

Dejémoslo claro. La historia no es un saber empírico, sin supuestos. Tal pretensión, en la que algunos todavía dicen creer, no pasa de ser un subterfugio. Como señaló Robin George Collingwood, no existe investigación sin una previa filosofía de la historia que la sustente[3]. Ya Erich Rothaecker y Hans Georg Gadamer señalaron de forma acertada que la escuela histórica de Ranke, Droysen y Dilthey, pese a su rechazo de la construcción filosófica al estilo de Fichte o Hegel, se basaba, de facto, en los principios teóricos de la filosofía idealista alemana y del romanticismo[4]. Por ello, es preciso distinguir entre «pasado» e «historia»[5]. Y es que el «pasado» es, señalaba David Lowenthal, un «país extraño». Se nos escapa; la historia es, en consecuencia, una construcción intelectual[6]. Sin un enfoque filosófico, la definición de la historia más plausible sería la sostenida por William Shakespeare, en *Macbeth*: algo «contado por un necio, lleno de ruido y furia, que nada significa»[7].

Al mismo tiempo, no se debería olvidar la dimensión literaria del saber histórico. A partir de los años setenta del pasado siglo, pensadores como Hayden White, Paul Veyne, Michel de Certeau, Richard Brown, Jacques

---

1 Lucio Anneo Séneca, *Epístola 108, 29.* Citado en Alfonso Rey, *Entre Quevedo y Gracián.* Madrid, 2024, p. 229.

2 Francisco de Quevedo, *España defendida de los tiempos de ahora de las calumnias de los noveleros y sediciosos.* Pamplona, 2013.

3 Robin George Collingwood, *Idea de Historia.* México, 1987, pp. 256 ss.

4 Hans Georg Gadamer, *Verdad y método.* Tomo I. Salamanca, 2017, pp. 253 ss. Hans Georg Gadamer, «Hermenéutica clásica y hermenéutica filosófica», en *Hermenéutica, estética e Historia. Antología.* Salamanca, 2022, pp. 65 ss.

5 Keith Jenkins, *Repensar la Historia.* Madrid, 2009, p. 9.

6 David Lowenthal, *El pasado es un país extraño.* Madrid, 1998.

7 William Shakespeare, *Macbeth. Acto V, escena quinta.* Madrid, 2005.

Rancière y Philippe Corrad, defienden la existencia de una «escritura de la historia» e incluso de una «poética de la historia». Desde esa perspectiva, no se trata de negar las diferencias entre historia y literatura. Como señala Ivan Jablonka, «la creación literaria es el otro nombre de la cientificidad historiadora». Y es que la historia no es ficción: si el escritor no es responsable ante nadie, el historiador es «responsable de lo que afirma», de proporcionar «una versión de los hechos más o menos convincente»[8]. Sin embargo, resultan de especial interés, a ese respecto, las aportaciones del filósofo norteamericano Hayden White, quien sostiene que un tropo del lenguaje y su correspondiente protocolo lingüístico constituyen la metahistoria de las obras históricas, es decir, su estilo historiográfico. Y es que todo historiador tiene su estrategia prefigurativa que se transforma en su estilo historiográfico. White distingue cuatro tipos de estrategia prefigurativa que corresponden a cuatro tipos de lenguaje: la metáfora, la metanoia, la sinécdoque y la ironía. El estilo historiográfico de los autores se encuentra constituido por tres dimensiones: el epistemológico, el estilo y el moral. La dimensión epistemológica implica una argumentación formal; la estética, la trama; y la moral, la ideología. En consecuencia, cada modo de explicación posee cuatro modos de articulación: el formismo, el organicismo, el mecanicismo, y el contextualismo. La explicación por la trama implica la novela, el romance, la comedia y la tragedia. Y la explicación ideológica se encuentra en diversos estratos del pensamiento: el anarquismo, el conservadurismo, el radicalismo y el liberalismo. En su obra más conocida, *Metahistoria,* White analiza, a través de estos esquemas, las obras históricas de Karl Marx, Alexis de Tocqueville, Leopold von Ranke, Friedrich Nietzsche, Jacob Burckhardt y Benedetto Croce[9].

No obstante, lo decisivo es la dimensión política del saber histórico. El economista y filósofo Friedrich Hayek señala que política e historia se encuentran íntimamente relacionadas. La historia es, desde su perspectiva, tanto ciencia como arte, y aquel que intenta «escribir historia y olvida que esto le plantea la tarea de formular una interpretación a la luz de unos determinados valores se engaña a sí mismo y será víctima de sus prejuicios personales subconscientes»[10]. No menos importante es el hecho de que, como advertía el neopragmatista Richard Rorty, una de las funciones del

---

8 Ivan Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales.* Madrid, 2018, pp. 14 ss.

9 Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, 1992.

10 Fredrich Hayek, «Historia y política», en *El capitalismo y los historiadores.* Madrid, 1996, pp. 56-57.

saber histórico es la de proporcionar al público no una imagen objetiva del pasado –algo imposible-, sino los fundamentos de lo que debería ser una nación. De ahí que los debates historiográficos puedan entenderse como discursos en torno al futuro de las sociedades. Como liberal de izquierdas y pragmatista, Rorty presenta al poeta Walt Whitman y el filósofo John Dewey como ejemplos a seguir[11]. A esta percepción pueden sumarse las meditaciones de Walter Benjamin sobre los denominados «juicios de la historia», que, según el pensador alemán, nunca son definitivos e inmutables. Y es que el porvenir puede reabrir expedientes históricos supuestamente «cerrados», «rehabilitar» personajes y tendencias políticas calumniadas; reactualizar experiencias y aspiraciones vencidas o juzgadas «utópicas», «anacrónicas» y «a contrapelo del progreso». En ese caso, la apertura del pasado y el sesgo ideológico están íntimamente asociados[12].

Friedrich Hayek jugando al ajedrez consigo mismo en Cambridge durante la Segunda Guerra Mundial. Fuente: Prospectmagazine.co.uk

11 Richard Rorty, *Forjar nuestro país. El pensamiento de la izquierda en los Estados Unidos.* Barcelona, 1998, pp. 25 ss.

12 Walter Benjamin, *Tesis sobre el concepto de historia y otros ensayos sobre historia y política.* Madrid, 2024, pp. 65 ss. Michael Lôwy, *Walter Benjamin; aviso de incendio.* México, 2012, pp. 183 ss.

En sus *Cuadernos de la cárcel,* el pensador comunista Antonio Gramsci planteó la relación entre el pasado y el presente histórico. A su entender, «el presente comprende todo el pasado». En ese sentido, la crítica del presente no significa tan sólo su «discontinuidad» y «revocabilidad»; significa igualmente la necesidad de incluir en la crítica del presente la del pasado. Sin esta dimensión, la crítica del presente resulta parcial y, por lo tanto, también inadecuada, inactual. Si es verdad que la historia es el presente; es también verdad que el presente es historia. Gramsci señaló también, precisamente, que, si el presente es «crítica del pasado, además (por ello) es su propia superación»[13]. Al plantear este tema, Gramsci no era original, sino heredero de los grandes representantes del neoidealismo italiano, Giovanni Gentile y Benedetto Croce. Como es sabido, para Gentile la filosofía constituye la conceptualización de la realidad, siendo que toda la realidad es pensamiento en acto. A ese respecto, la historia es concebida siempre como historia contemporánea, porque los hechos transcurridos están presentes en nosotros como hechos actuales; de ahí que la definición de la filosofía gentiliana sea la de idealismo actualista[14]. En el mismo sentido, Croce sostenía que «toda historia es historia contemporánea», es decir, que todo problema historiográfico nace de las demandas del presente y vive en el ánimo de quien lo estudia. La historia siempre hace referencia a una situación real, presente, política por definición[15].

Así, la interpretación del pasado constituye una directa intervención en el presente; el conocimiento del pasado se convierte en un instrumento privilegiado para interrogar al presente y para comprender lo que de novedad éste nos trae; en la narración del pasado se hacen presentes programas de carácter político, social y simbólico. En ese sentido, el siempre lúcido Edward Hallet Carr, maestro del realismo histórico y político, se hacía eco de las variaciones valorativas que había experimentado la interpretación de Roma, como consecuencia de los cambios de contexto político desde el siglo XVIII al XX: «Gibbon encontró su héroe en Marco Aurelio, el emperador filósofo; los revolucionarios franceses, con su odio a la tiranía y su afirmación por la retórica, vieron en Catón y Bruto, las dos cumbres de la grandeza romana; en el siglo XIX, que sería después el descubridor de la sobrevivencia del más fuerte, puso su predilección en Julio César;

---

13 Antonio Gramsci, *Pasado-presente.* Buenos Aires, 1974, pp. 17 ss.

14 Giovani Gentile, *Sistema de Lógica como teoría del conoscere.* II. Firenze, 1942, pp. 279 ss. Giovanni Gentile, «La tradizione italiana», en *Pensare Italia.* Firenze, 2013, pp. 36-52.

15 Benedetto Croce, *La historia como pensiero e como azione.* Bari, 1938, p. 5.

otra época reciente cuya apreciación de los problemas de planificación y organización a gran escala es más firme, ha podido valorar los méritos de Augusto»[16].

Por ello, es preciso distinguir entre una historia de derechas y otra de izquierdas. ¿Cuáles serían las señas de identidad de una historiografía que podríamos conceptualizar como de derechas? A mi modo de ver, la esencia de la derecha como tendencia política, social y filosófica radica en las características de su «visión» de la realidad. Siguiendo a Thomas Sowell, entendemos por «visión» un acto cognitivo preanalítico, es decir, lo que «intuimos o sentimos antes de elaborar un razonamiento sistemático que se puede llamar teoría», «una percepción de cómo funciona el mundo». A partir de ahí, Sowell clasifica las «visiones» en dos categorías muy amplias, la «trágica» y la «utópica». La primera enfatiza las restricciones humanas, mientras que la segunda lo hace en la posibilidad de superación de esas restricciones[17]. Así pues, una ideología o filosofía política puede ser conceptualizada como derechista cuando tiene como fundamento las restricciones inherentes a la naturaleza y la vida humana. Lo que se traduce en el pesimismo antropológico, la defensa de las diversidades nacionales y culturales, de la necesidad de jerarquías sociales, de la religión o del sentido de «lo sagrado», de la tradición como norma de acción; y el reformismo social frente a los planteamientos revolucionarios [18].

La «visión» trágica tiene una serie de inevitables consecuencias a la hora de perfilar una concepción de la historia. Siguiendo las tipologías de Hayden White, su estrategia prefigurativa sería la ironía; el estilo historiográfico, el moral; el modo de explicación, el contextualista y/o el organicista; la explicación por la trama, la tragedia; y la explicación ideológica, el conservadurismo. En primer lugar, los seres humanos son concebidos, desde esta perspectiva, como una mezcla de naturaleza e historia, de biología y cultura. Para la derecha, el ser humano no cambia de una manera estable en el tiempo, porque ello requeriría una mutación de los genes. Los fundamentos esenciales de su animalidad son invariables; siempre le caracteriza el instintivo deseo de dominio de sus semejantes. Sin embargo, lo específicamente humano, que le diferencia de otras especies, es, sin

---

16 Edward Hallet Carr, *La nueva sociedad.* México, 1979, pp. 24-25.

17 Thomas Sowell, *Conflicto de visiones. Orígenes ideológicos de las luchas políticas.* Barcelona, 1990, pp. 55 ss.

18 Un desarrollo más completo de estos temas en Pedro Carlos González Cuevas, *Historia de la derecha española. De la Ilustración a la actualidad (1789-2023).* Madrid, 2023.

duda, el factor histórico-cultural. El ser humano es inseparable del contexto cultural en el que ha nacido y ha desarrollado su personalidad[19]. Viene al mundo como heredero. Lo decía elocuentemente Joseph de Maistre: «No existe en el mundo eso que llamamos el hombre. A lo largo de mi vida, he visto franceses, italianos, rusos, etc. Sé incluso, gracias a Montesquieu, que se puede ser persa; pero en cuanto al hombre, confieso no haberme topado nunca con él. Si existe es sin yo saberlo»[20]. En ese sentido, para el hombre de derecha, la historia se expresa, como señala Robert Nisbet, «no en forma lineal, cronológica, sino en la persistencia de estructuras, comunidades, hábitos y prejuicios, generación tras generación»[21]. Por ello, la concepción de la historia de Fernand Braudel, cualquiera que fuese su ideario político, con su insistencia en las «largas duraciones», puede ser considerada como conservadora[22]. Sin embargo, dentro de las diversas familias de la derecha, no existe una concepción única del proceso histórico, aunque todas rechacen el cosmopolitismo y la posibilidad de un cambio revolucionario. Existe una visión cíclica de la historia, en la que puede percibirse, como señala Mircea Eliade, un cierto «terror de la historia», ritualizado en anulaciones periódicas del paso del tiempo y en regeneraciones latentes, en la desvalorización del curso histórico mediante fijación de arquetipos transhistóricos [23]. Esta visión ha sido defendida, entre otros, por Giambattista Vico[24], Oswald Spengler[25], Julius Evola[26], Eugenio D´Ors[27] o Alain de Benoist[28]. Existe, sin embargo, una concepción conservadora de la historia, a la que podríamos conceptualizar como pragmática, que considera ésta como un proceso que se desarrolla de manera continua a través de la inserción de lo nuevo en lo viejo, derivado de la evolución y no como producto exclusivo de metas o intenciones. La historia avanza, como hubiera señalado Hegel en su interpretación conservadora, dialécticamente, es decir, superando el estadio previo e incorporando cuanto de positivo había en él. Una concepción de la historia que no busca el retorno al pasado,

---

19 Xavier Zubiri, *Tres dimensiones del ser humano: individual, social, histórica.* Madrid, 2006, pp. 105 ss.

20 Joseph de Maistre, *Consideraciones sobre Francia.* Madrid, 1955, p. 102.

21 Robert Nisbet, *Conservadurismo.* Madrid, 1994, pp. 42-43.

22 Fernand Braudel, «La larga duración», en *La historia y las ciencias sociales.* Madrid, 1972.

23 Mircea Eliade, *El mito del eterno retorno.* Madrid, 1972.

24 Giambattista Vico, *Ciencia nueva.* Madrid, 2006.

25 Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente* (1917-1922). Madrid, 1976.

26 Julius Evola, *Revuelta contra el mundo moderno* (1934). Buenos Aires, 2019.

27 Eugenio D´Ors, *La ciencia de la cultura.* Madrid, 1964.

28 Alain de Benoist, *La nueva derecha.* Barcelona, 1979.

sino un nuevo equilibrio entre las nuevas y viejas realidades sociales y políticas. En el fondo, una forma de desarrollo histórico no revolucionario, cuya posibilidad se va creando con la emergencia de las nuevas realidades sociales, políticas y económicas[29]. A ese respecto, es característico de la derecha su realismo político y el consiguiente rechazo de las concepciones utópicas o teleológicas de la historia según las cuales, en cierto momento, sobrevendría una sistematización definitiva del género humano; lo cual significaría colocarse fuera de la historia y de la vida, que es continuo ir y devenir[30]. Nada más anticonservador, en ese sentido, que aquella profecía de Francis Fukuyama sobre un presunto «Fin de la Historia», en base al triunfo del sistema demoliberal y la economía de mercado[31].

La visión trágica del proceso histórico tiene su traducción política. El filósofo británico Michael Oakeshott ha distinguido entre «políticas de fe» y «políticas de escepticismo». La primera tiene como fundamento la capacidad de los seres humanos para perfeccionarse mediante sus propios esfuerzos, posibilitados por el descubrimiento de métodos para difundir el poder del Estado como instrumento esencial para el control y diseño y el perfeccionamiento de los individuos. Es el triunfo de lo que Oakeshott denomina «racionalismo político»; y Friedrich Hayek, «constructivismo». Frente a ello, la «política de escepticismo» tiene como fundamento las restricciones humanas. Y es que la experiencia histórica es tan variada y compleja que jamás podrá triunfar ningún plan de ordenamiento y reconstrucción de los asuntos humanos; de ahí la importancia de tener en cuenta los contextos históricos y las tradiciones de las sociedades concretas[32].

A ese respecto, resultan muy interesantes las reflexiones de Carl Schmitt sobre la posibilidad de una visión cristiana de la historia, basada en los planteamientos de filósofos como Sören Kierkegaard, Juan Donoso Cortés y Jacob Burckhardt, frente al marxismo y el progresismo evolutivo característico de la ciencia social norteamericana[33].

---

29 Gonzalo Fernández de la Mora, *Maeztu y la teoría de la revolución.* Madrid, 1956, pp. 60 ss.

30 John Gray, *Contra el progreso y otras ilusiones.* Barcelona, 2010.

31 Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre.* Barcelona, 1992. Véase en el sentido la crítica de Gonzalo Fernández de la Mora, «El supuesto fin de la historia», en *Estudios de historia moderna y contemporánea. Homenaje a Federico Suárez Verdeguer.* Madrid, 1991, pp. 151-162.

32 Michael Oakeshott, *La política de la fe y la política del escepticismo.* México, 1998.

33 Carl Schmitt, «Tres posibilidades de una visión cristiana de la historia», en *Arbor* nº 62, febrero de 1951, pp. 237 ss.

Los discursos histórico-políticos y las obras históricas tienen como marco lo que, siguiendo al sociólogo Pierre Bourdieu, denominamos campo historiográfico, es decir, un espacio social, un microcosmos con una autonomía relativa y poseedor de su propia lógica. En este campo determinado se producen enfrentamientos que responden a relaciones de fuerza. Tiene sus dominantes y sus dominados[34]. El triunfador es aquel que logra instaurar en su seno lo que Allan Megill denomina «narración maestra», «Grand Narrative», es decir, un relato que «pretende ofrecer el testimonio acreditado de la historia en general»[35]. Tal es el reto, en España y el resto de Europa, de las corrientes historiográficas conservadoras.

Juan Donoso Cortés y Jaime Balmes. Luis Brochetón y Muguruza (1848). Real Academia de Historia, Madrid.

34 Pierre Bourdieu, *Meditaciones pascalianas.* Barcelona, 1997, pp. 23 ss.

35 Allan Megill, «Grand Narrative and The Disciplie of History», en Frank Ankermitt y Hans Kellner (ed.), *Philosophie of History.* Chicago, 1995, p. 152.

Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura